

José Luis García Rodríguez

El barón de Bonamant



Ediciones
Irreverentes

III Premio Irreverentes de Novela

JOSÉ LUIS GARCÍA RODRÍGUEZ

EL BARÓN
DE BONAMANT

OBRA GANADORA DEL III PREMIO IRREVERENTES DE NOVELA

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© José Luis García Rodríguez, 2010
De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.
Noviembre de 2010
Ediciones Irreverentes S.L.
<http://www.edicionesirreverentes.com>
ISBN: 978-84-96959-80-4
Depósito legal:
Diseño de la colección: Absurda Fábula.
Imprime Publidisa
Impreso en España.

PRÓLOGO

Si usted, querido lector, es de los que empieza a leer los libros por estas primeras páginas y se deja influenciar por el contenido de las mismas para avanzar en la lectura de la historia contenida en esta obra, eso es, según diga el prólogo usted elige o no seguir con los capítulos que van a ir narrándole el devenir de los acontecimientos, le sugiero que no siga la lectura de este apartado y vaya directamente a la Parte Primera, al inicio que, al igual que el resto de la obra, de forma magistral ha escrito el autor para deleite de todos aquellos que han elegido «El Barón de Bonamant» para introducirse y conocer la vida y milagros de una relevante familia mallorquina.

Le hago esta indicación porque José Luís García ha sido terriblemente amable y considerado conmigo al confiarme este prólogo, pero ya les anticipo que no está a la altura del resto de la obra. Aún y con ello no he podido negarme, por una parte porque es muy de agradecer que un amigo te brinde la oportunidad de compartir con sus lectores unos minutos de la experiencia íntima y personal que representa para mí la lectura y por otra porque la obra transcurre en su mayor parte en mi tierra, mi querida Mallorca, definida en este libro, para orgullo de todos los que la queremos, como «una de las islas más bellas del mundo».

Hechas estas advertencias previas que, por lealtad y gratitud al autor y a usted lector, creía necesarias, se preguntarán ¿qué se esconde detrás del sugerente título de este nuevo libro de un prolífico escritor como es José Luís García?. Sería muy difícil resumirlo en unas pocas líneas y tampoco pretendo adelantarle ni el todo ni parte alguna de la sorprendente historia que contienen estas páginas. Sí, pero, que

intentaré compartir con usted lo que ha significado para mí conocer tanto al primer Barón de Bonamant como a sus distintos sucesores, así como a los miembros de su variopinta familia, sus encuentros y desencuentros que a lo largo de sus vidas se van produciendo, como si la normalidad, la sencillez y la rutina fuesen algo ajeno a los distintos Ripoll de Berenguer, que van cobrando vida a lo largo de los años en los que transcurre la acción del relato que nos ocupa.

Sin ser un libro de aventuras como los que conocemos como tales libros de este género, a mí los distintos personajes me han llevado de la mano por distintos rincones de mi querida isla, tanto de mar como de montaña e interior, me han hecho descubrir parajes y ambientes cercanos, pero también me han obligado a hacer las maletas y viajar por el viejo continente europeo hasta permitirme cruzar el Atlántico y conocer de primera mano la exótica Cuba y la cosmopolita Nueva York.

Tampoco me atrevo a asegurar que sea un libro de intriga o suspense, ni pienso que ocupe en las librerías los estantes que a este género destinan para mejor localización de los ejemplares, sin embargo, ciertos momentos del relato me han impedido interrumpir la lectura, ansiosa por conocer el desenlace de confusas situaciones que llegan a desembocar en muertes misteriosas, asesinatos inquietantes, desapariciones curiosas e incluso aparece en escena algún que otro muerto que recobra la vida, para sorpresa y disgusto de más de uno de los presentes y ausentes.

Conocer a los Barones y a los miembros de su estirpe ha significado retroceder en el tiempo, y adentrarme en la historia de nuestro país y para mí de un modo especial me ha permitido ahondar en los viejos usos y costumbres de la sociedad mallorquina donde era clara la diferencia de clases, donde una aristocracia pudiente y adinerada, rodeada de lujos, tierras, sirvientes, grandes casas, evolucionó hacia el

modelo económico actual, en el que el turismo es indiscutiblemente la principal fuente de riqueza, aunque haya significado sacrificar paisaje natural en beneficio del cemento.

José Luíz García nos presenta una obra ocurrente, en el fondo y en la forma. Yo diría más, es ocurrente sin escatimar un punto de diversión que tanta falta nos hace en nuestro a veces duro día a día. Porque ya me dirá usted si no tiene su gracia un médico forense de nombre Arsenio Mata y un notario que responde por D. Justo Escribano.

Pero si me dan a elegir yo me quedo con que es una novela de sentimientos, de aquello que en las personas nos emana del corazón. Hay envidia, celos, ambición, hipocresía, mezclado todo ello con cariño fraternal, pasión (con la que empieza el libro a modo de buen aperitivo) y amor sincero, verdadero y correspondido, el que nace de la dedicación y el respeto.

Y es que la vida, la suya querido lector, la de José Luíz García, la mía, como la de todos y cada uno de los personajes que nos van a acompañar durante todo el proceso de lectura, son esto, sentimientos y sobretodo lucha constante por ser cada día un poco más felices.

Si me permite una pequeña recomendación. Lea el libro con tranquilidad, sin que le cause pereza entrar de lleno en Son Ripoll y viajar por el mundo. Lea con ganas, pero sin prisas, sin juzgar ni tomar partido por uno u otro personaje, porque algo de todos ellos tenemos cada uno de nosotros o muchos de los que nos rodean. Lea el libro con la certeza de que los minutos a él dedicados contribuirán a éste nuestro objetivo vital, ese que a veces nosotros mismos nos empeñamos en dificultar, ese mismo el de la FELICIDAD.

CATALINA CIRER

DEDICATORIA

Esta novela está ambientada en la isla de Mallorca, un hermoso pedazo de tierra desgajada de su tronco que ofrece lo mejor de España.

Pero la tierra sin gente que la cuide, es nada. De ahí mi deseo de dedicar esta novela a tanta gente amiga que a mi paso por la isla encontré, gentes de cualquier parte, mallorquines o no, quienes con su trabajo la hacen posible cada día.

Y entre ellos, de una manera muy especial se la dedico a Juan Miguel Martín García —Juanmi— y a Pablo Santomé Yanuzzi, dos personas muy especiales en mi querer.

Ellos hacen de Mallorca y de cualquier otro lugar en el que vivan, un mundo más habitable.

AVISO AL AMIGO LECTOR

Si siempre es obligado advertir al lector de cualquier parecido que pudiera encontrar en la historia que se cuenta con otra realidad previamente conocida no es más que una mera coincidencia, tanto más obligado resulta la advertencia cuando esta novela pudiera encontrar similitudes con alguna otra realidad, para mí desconocida.

Si así fuera, que nadie dude de mi intención ni nadie se vea aludido por situaciones y personajes que pertenecen en exclusiva responsabilidad a la imaginación del autor.

ALEGORIA

*Se creía el dueño del mundo
porque latía en sus sentidos.
Lo aprisionaba con su carne
donde se estrellaban los siglos.
Con su antorcha de juventud
iluminaba los abismos.*

*Se creía dueño del mundo:
su centro fatal y divino.
Lo pregonaba cada nube,
cada grano de sol o trigo.
Si cerraba los ojos, todo
se apagaba, sin un quejido.
Nada era si él lo borraba
de sus ojos o sus oídos.*

*Se creía dueño del mundo
porque nunca nadie le dijo
cómo las cosas hieren, baten
a quien las sacó del olvido,
cómo aplastan desde lo eterno
a los soñadores vencidos.*

*Se creía dueño del mundo
y no era dueño de sí mismo.*

«Epitafio para la tumba de un héroe»
JOSÉ HIERRO

PRIMERA PARTE

I

SON RIPOLL

Era Son Ripoll una antigua y espléndida posesión, una de esas propiedades que rebosan historia y belleza que aparecen en los libros de promoción turística de la isla de Mallorca como objetivo fotográfico preferido para miles de anuncios que se ven por todas partes en cualquier lugar del mundo, como símbolo e imagen de la mejor belleza y tradición cultural de la isla mediterránea, pero que no pagan derechos de edición a su dueño porque, según tiene decretado la autoridad competente en la materia, forman parte del patrimonio cultural de la comunidad.

Sin embargo, tan honrosa gracia no libraba a su propietario de la obligación, mal que bien asumida, de pagar todos los impuestos y tasas que tocaba pagar a la misma autoridad competente que por su gracia le limitaba el pleno disfrute de sus derechos como propietario de una posesión heredada de sus mayores, quienes durante muchos siglos la habían mantenido y cuidado con esmero contra viento y marea, algo de lo que la autoridad competente no podía presumir, entre otras razones, porque entonces no existía. Pero desde que empezó a existir, no muchos años atrás, esa autoridad no había mostrado otra iniciativa de mayor enjundia que la de sacar el dinero ajeno para justificar su propia existencia, afición ciertamente compartida con todas las demás autoridades competentes en cualquier otra materia, las cuales, para mostrar su competencia se dedican todas ellas con singular esmero a esquilmar el bolsillo del siempre sufrido contribuyente.

Nada tenía pues de extraño, por muy de interés cultural que hubiera sido declarada la posesión de Son Ripoll por el último calificador dedicado a calificar por decreto las cosas que no son suyas, que el interés del calificador chocara frontalmente con el interés del calificado, quien veía así perjudicado su ancestral derecho de hacer con su posesión lo que mejor le viniera en gana.

Así que cada vez que don Jaime Ripoll de Berenguer y Tomás de Massanet, IV barón de Bonamant y señor de Son Ripoll veía volar sobre su territorio una de esas pequeñas avionetas dedicadas a sacar fotografías desde el aire, corría como un gamo a su armería para echar mano a su escopeta de caza más potente y disparar con rabia sobre el invasor, aunque fuera consciente de que con tal débil defensa no podría evitar la aérea invasión, si bien conseguiera con ello el benéfico placer de descargar sobre el invasor, además de perdigones, también adrenalina.

Pero a decir verdad, esos disgustos no eran tantos ni tan frecuentes como cabría imaginar, entre otras razones porque el señor barón, siempre ocupado en repartir su tiempo en otros menesteres más atractivos, paraba poco por allí. Y es que el problema venía de lejos, desde el tiempo en que su propiedad había dejado de ser privativa de su legítimo dueño para convertirse en algo digno de ser admirado por cualquier intruso que pasara por allí, fuera este mallorquín, *guiiri o foraster*, según en cada momento determinara el mejor criterio de la autoridad competente que mandaba en esas cosas

Como es natural, ello tenía encrespado y en constante gresca a don Jaime con la autoridad competente, que decía no tener competencia para dar una solución al conflicto pero demostraba una extraordinaria diligencia para machacar con multas al barón, cada vez que a este se le hinchaban las narices y cerraba el paso por sus propiedades a los autobuses repletos de turistas que habían paga-

do un buen precio por la excursión, precio del que el barón, por cierto, no veía un céntimo y encima, para mayor escarnio, se hinchaban a fotografiar cualquier cosa de su propiedad que vieran a su paso.

Desde el aire, que es como aparece en las fotografías de promoción turística, Son Ripoll se ve como una inmensa posesión conformada por varias edificaciones a partir de las estribaciones de la sierra de la tramontana, que se extienden hacia el sur y el este de la isla de Mallorca hasta alcanzar las tierras llanas, fértiles y diáfanas que los mallorquines conocen como el pla.

Las tierras más próximas a la montaña, bien protegidas de las inclemencias del tiempo para consuelo de los que piensan que los males de Mallorca siempre vienen del mismo lado, habían hecho crecer un extenso olivar cuajado de árboles de tronco retorcido, muchos de ellos centenarios que en su tiempo, mucho tiempo atrás, habían sido una verdadera fuente de riqueza para los payeses de la isla que durante siglos habían sabido convertir sus frutos en delicado manjar o en aceites y otros condimentos esenciales para una buena mesa. A continuación se extendían otras tierras de transición entre la montaña y el llano más propias para el cultivo de la vid, de la que durante otros tantos años se había sacado un excelente vino que había hecho el deleite de generaciones de mallorquines, para finalmente fundirse sin pausa con la plenitud de la llanura y dar paso a miles y miles de cuarteradas de algarrobos y almendros, que en cada temprana primavera se cubrían de flores malvas y blancas como copos de nieve, en un renovado canto de bienvenida anticipada al nuevo ciclo de la naturaleza.

Y esparcidas por aquí y por allá, algunas edificaciones explicaban la historia de aquella posesión, como testimonios mudos, de piedra, de una actividad que durante siglos había definido el carácter de una tierra rica y plena desde mucho antes de que los nuevos descubridores la hubieran descubierto.

Un molino de aspas esqueléticas quietas y desnudas; una torre anexa para resguardo de la elemental maquinaria y cobijo del molinero; un pozo con su noria montada y quieta a la espera de la tracción que la impulsara para extraer el agua limpia que corría algunos metros bajo tierra y una bien empedrada era para la trilla del grano, daban testimonio de una actividad, si no del todo perdida, al menos en buena parte olvidada. Y en un rincón de la imagen, en un alto del terreno, se podía contemplar la esbelta silueta de una hermosa ermita, testimonio mudo de otro tiempo en que las gentes de Son Ripoll habían merecido mayor atención de la santa madre iglesia local, ofreciéndoles un lugar para el encuentro y la oración.

También se contemplaban en la foto del anuncio otras construcciones secundarias, tales como un granero, una granja con corrales para los animales de crianza casera, cerdos, conejos y gallinas, una cochera con pretensiones de museo, un cobertizo que albergaba el lavadero y ya en las inmediaciones de la construcción principal, una bodega medio soterrada y un gran aljibe descubierto, que en los meses de más calor, se suponía, haría las funciones de refrescante piscina para los dueños de la casa.

Y en medio de aquel entramado de edificios, presidiéndolo todo, en una ligera elevación de terreno se erigía la casa señorial de Son Ripoll, un esbelto y majestuoso edificio de mediados del siglo XVII construido con la mejor piedra de marés de Santanyí, levantado a partir de otra edificación mucho más pequeña cuya fundación se remontaba a principios del siglo XIV, coincidiendo con la gran repoblación de la isla impulsada bajo el reinado de don Jaime II, el gran rey de Mallorca. De ello cabía deducir sin lugar a duda el secular arraigo de la familia Ripoll de Massanet, propietaria desde tiempos inmemoriales de la posesión, desde sus inicios con el reino de Mallorca.

Dotada de amplias balconadas abiertas en dirección a los cuatro puntos cardinales, la majestuosa mansión de Son Ripoll estaba rodeada por un extenso y bien cuidado jardín diseñado según el modelo clásico francés, con parterres de flores, frutales y palmeras, geoméricamente enmarcados por senderos de tierra endurecida y setos de ciprés

Eran los antepasados del señor de Son Ripoll catalanes originarios de un pueblo homónimo situado al norte de la provincia de Gerona, próspero y hermoso lugar ubicado en un extenso valle rodeado de montañas, asiento natural de monasterios y abadías, lugar de obligado paso para peregrinos provenientes de otras tierras más al norte en su caminar hacia la tumba del apóstol Santiago, regado por las generosas aguas de los ríos Ter y Freser, tan generosas aguas que en un mal tiempo unieron sus caudales para inundar el lugar y arruinar sin remedio las cosechas de sus afanados pobladores, que huyendo de la catástrofe tuvieron que buscarse la vida en otra parte.

Gente aventurera y con iniciativa no tardaron los antepasados del IV barón de Bonamant en ganarse el respeto de aquella incipiente sociedad mallorquina impulsada por el gran rey don Jaime II, sobre todo tras las nupcias del primer Ripoll mallorquín con doña Catalina Berenguer, sobrina nieta del obispo Berenguer de Palou, matrimonio que dio origen y consolidó la dinastía de los Ripoll de Berenguer.

Sin embargo, tan alta alcurnia no les libró a los Ripoll de Berenguer de los conflictos sociales que a consecuencia del crecimiento de la población surgieron, como suele ser habitual, entre explotadores y explotados. Y como también es habitual, tal enfrentamiento desembocó en una gran crisis que asoló campos, arruinó cosechas y terminó en una guerra abierta entre los llamados ciudadanos, gentes ya instaladas llegadas a la isla tiempo atrás, y los

forenses, gentes sin arraigo también venidas de fuera, aunque más recientemente. De manera que, aunque en definitiva todos fueran forenses, se enzarzaron en una larga contienda que terminó por arruinarles a casi todos por igual.

De ello se beneficiaron los antepasados de don Jaime Ripoll de Berenguer y Thomás de Massanet, ya que al formar parte de los vencedores del conflicto obtuvieron importantes rentas de los forenses perdedores, algo que empobreció aún más el campo y consolidó a una aristocracia ciudadana, más interesada en marcar las diferencias con los demás que en asumir sus propias competencias.

Pero como en la vida, sobre todo si se contempla con cierta perspectiva, pocas cosas permanecen estables, se equivocaron los antepasados de don Jaime cuando muchos años después, ya en los albores del siglo XVIII tomaron partido por el bando perdedor en la guerra de sucesión a la corona de España, una guerra que llevó al trono al rey Felipe V, primer monarca español de la casa de Borbón, que como todo el mundo sabe trajo pareja una reorganización del Estado más centralista en perjuicio de los derechos y privilegios que durante siglos habían gozado los de su clase. Sin embargo, la fortuna les volvió a sonreír de nuevo años después, ya a principios del siglo XIX, cuando ese mismo Estado decidió hacer frente al agobio económico que padecía por causa de tantas guerras y la mala administración, a través de la desamortización de muchos bienes improductivos, principalmente eclesiásticos, que fueron requisados y vendidos a buen precio a nuevos propietarios para que los explotaran y de sus rentas pagaran impuestos al Estado. Entre estos se encontraba el tatarabuelo de don Jaime Ripoll de Berenguer y Thomás de Massanet, un hombre avisado que no desaprovechó la oportunidad de ver así crecer sus ya de por sí extensas propiedades con la anexión de otras grandes extensiones de buenas tierras requisadas a varias órdenes religiosas.

Ya se sabe que todas las familias, sobre todo las de más larga tradición y alcurnia, siempre hallan motivo para encontrar en sus antepasados hechos que magnifiquen su grandeza. Y la familia Ripoll de Berenguer lo encontró de la mano, es un decir, del bisabuelo del actual ostentador de la dinastía, allá por el año 1.860, cuando el hijo del ya mencionado don Jaime, el avispado que se benefició con el lío de la desamortización para extender sus dominios, una tarde de temprana primavera aún sin tiempo para despedir al invierno, mientras contemplaba en apacible soledad sentado en una de las terrazas de su posesión que daba al oeste, cómo los últimos rayos del sol se perdían tras la montaña sumiendo en penumbra las brillantes hojas verdes y grises de las oliveras, por el este se desencadenaba con gran estrépito una impresionante tormenta de agua, viento y rayos estridentes.

No podía suponer entonces don Jaime que de tal tromba de agua se derivaran tan benéficas consecuencias para él y su descendencia, y es que quiso el destino que lo peor de aquella tremenda tempestad descargara de pleno a no mucha distancia de sus posesiones, y dejara empantanado e impracticable el camino por el que, precisamente en ese momento, transitaba la numerosa comitiva que acompañaba en su muy breve visita a Mallorca a su serenísima majestad imperial la reina Isabel II de España, descendiente de aquel primer rey Borbón que recortó los fueros de los antepasados de don Jaime e hija de la reina gobernadora, viuda del rey Fernando VII, su padre, que muchos años después, agobiada por tanto agobio heredado de su esposo y señor, les compensara con los beneficios de la desamortización, un invento de su ministro de hacienda Mendizábal, que a falta de otras, no tuvo mejor idea que confiscar las propiedades de la iglesia para repartirla entre las gentes de su confianza. Y es que, como bien sabía don Jaime, de las cercanías del poder siempre se derivan más cosas buenas que malas, de

manera que cuando vienen mal dadas, más vale aguantar y esperar a que cambie la mano.

Consciente del engorro, en medio del enfangado campo, a mitad de camino entre Alcudia, ciudad donde a su graciosa majestad no se le había ocurrido gracia mejor que ir a rendir homenaje a su antecesor, el emperador Carlos V y la ciudad de Palma, donde les esperaba un gran recibimiento, el encargado del protocolo del viaje, marqués de la Parrandera, famoso caballero por su bien merecida fama por ser el último en despedirse de cualquier fiesta, no se le ocurrió nada mejor que mandar un emisario para que se acercara a la próxima posesión de Son Ripoll en busca de refugio en que cobijar a su majestad, y de paso, cobijarse también él de la que estaba cayendo.

Alertado don Jaime Ripoll de Berenguer de la inminente llegada de su majestad la reina doña Isabel, se apresuró a ordenar a sus sirvientes que encendieran chimeneas y estufas, cambiaran sábanas y prepararan lo necesario para recibir lo más dignamente posible a tan altísima dignidad. Y tuvo suerte don Jaime en que su serenísima majestad la reina de España encontrara en su casa el calor humano que buscaba, y así lo demostró cuando después de bien cenada con las improvisadas y más urgentes provisiones propias de la tierra, sobrasada, butifarra, camallot, buen vino y tierno pan caliente recién hecho, antes de servir las ensaimadas su majestad decidiera despedirse de su improvisada corte mallorquina para encontrar el deseado descanso en las habitaciones privadas que don Jaime tenía preparadas. Y de la mano de don Jaime se fue hacia las habitaciones. Y de la mano de don Jaime las encontró, acogedoras en medio de la tempestad que afuera atronaba, caldeadas por las chimeneas encendidas, y contagiándose del calor que imanaba del fuego, la reina se dejó llevar una vez más por ese otro fuego que latía pujante dentro de ella cada vez que se encontraba a la vera de un hombre atractivo y bien macho. Y don Jaime lo era, de manera que juntos

pasaron una larga y agitada noche de truenos entre hogares encendidos y calor de sábanas calientes.

Cuando ya despuntaba el alba sobre los almendrales de Son Ripoll, la ardiente reina despidió a su fugaz amante de turno para recobrar la dignidad que debiera corresponder a su condición de soberana. Y de inmediato aparecieron, cruzándose sin querer verse con don Jaime, las damas de compañía de la reina para ayudar a proporcionarle el porte conveniente de cara al nuevo día.

En la despedida, bajo los soportales de la mansión de Son Ripoll, mientras don Jaime rendía pleitesía a la reina besándole la mano con la obligada reverencia, doña Isabel le murmuró al oído, así como de pasada «eres un buen macho y por eso te voy a nombrar, en recuerdo de mi estancia en tu casa, barón de Bonamant». Majestad —murmuró arrobado don Jaime doblando todavía más la cerviz en el besamanos— siempre a vuestro servicio.

Y la reina le hizo barón. De aquellos polvos nació la baronía de Bonamant y señorío de Son Ripoll, según consta en el documento acreditativo del nuevo título nobiliario datado en el año 1.860 firmado por su majestad la reina doña Isabel II de España, recibido pocas semanas después por conducto de un correo real llegado especialmente desde Madrid hasta la misma puerta de Son Ripoll, para hacerle entrega en mano a don Jaime de un título tan digna y esforzadamente conquistado.

Claro que nueve meses más tarde, el corazón del flamante Barón de Bonamant latió con especial intensidad, cuando tuvo conocimiento a través de un amigo que se decía bien enterado de las cosas de la corte, del malicioso rumor que corría por todo Madrid acerca de un nuevo parto de la reina, algo impropio no de la reina, como bien sabía por experiencia el barón, sino de su insigne consorte don Francisco de Asís, más conocido en los corrillos de la capital como doña Francisquita.

Ello turbó gravemente el ánimo de don Jaime, pues a saber quién pudiera ser el padre de la criatura, lotería de la que no debía auto excluirse, pues tanto mérito tenía él como el que más para ser el padre de un nuevo infante de España, posibilidad esta que a la baronía ya obtenida, podrían sumarse otros reconocimientos y honores. Sin embargo la angustia del barón se desvaneció cuando, pasado algún tiempo, el mismo amigo le confirmó que, según todos los indicios, el padre del nuevo infante no era él, sino un capitán del cuerpo de ingenieros de nombre don Enrique Puig Moltó, asiduo visitante de los más privados aposentos reales.

De manera que don Jaime Ripoll de Berenguer, recobrado el perdido sosiego, se dispuso a disfrutar de su bien ganada baronía.

II LA BARONÍA

Desde aquella tempestuosa y apasionada noche hasta la fecha se habían sucedido tres barones más.

El segundo barón de Bonamant, don Jaime Ripoll de Berenguer y Villalonga, hereu del fundador de la dinastía, persona anodina consumido de antemano por las sobradas energías derrochadas por su padre, pese a no tener mayor significación para otra cosa que no fuera pasar inadvertido ante todo el mundo, le tocó vivir los últimos años de su larga ancianidad a merced de las convulsiones de una época crispada por el enfrentamiento político y social que se había apoderado de España entera. Situación límite, que le obligó a abandonar con urgencia extrema sus posesiones de Son Ripoll para así poner a salvo otras posesiones más suyas, íntimas y vitales, que como cabe suponer le resultaban de más urgente salvación. Y así, huyendo de la quema, tuvo que vivir en el exilio hasta que alguien de su confianza le aseguró que su rango y propiedades estaban suficientemente garantizados, gracias a un joven e invicto general que durante los tres últimos años se había dedicado con esmero a limpiar el forro de los enemigos de la patria, entre los que como cabe suponer se encontraban también los enemigos del barón, los mismos que pocos años antes habían pretendido limpiarle el forro al propio don Jaime en persona.

Qué horror, qué barbaridad, pensó ante tan desgarradora noticia el anciano barón, hombre de extensa cultura y espíritu refinado, si bien pronto se sobrepuso sin mayor esfuerzo a la primera impresión y se apresuró a volver a Son Ripoll para recuperar cuanto antes sus propiedades, abandonadas con prisa pocos años atrás bajo la

amenaza de verse colgando del árbol más alto, para mayor escarnio, de su misma propiedad. Aunque una vez llegado de nuevo al hogar y recuperada la tranquilidad perdida, solo tuviera el anciano barón el tiempo justo antes de pasar, muy a su pesar, a descansar eternamente en paz.

El penúltimo y tercer barón de Bonamant, don Jaime Ripoll de Berenguer y Suau, padre del actual titular de la dinastía, había nacido con el siglo y contra la habitual longevidad de sus mayores, había fallecido prematuramente a los cincuenta y tres años de edad, en pleno disfrute de sus facultades y derechos inherentes a su baronía. El inesperado deceso tuvo lugar cuando una calurosa tarde de verano en la que todo el mundo decía dormir la siesta, no tuvo el finado don Jaime mejor ocurrencia que trepar en busca de un higo especialmente hermoso que colgaba de una de las higueras próximas a una de las balconadas de su mansión, así que hombre afanoso y aventurero se lanzó a la conquista y pasando del balcón a la higuera, trepó por sus ramas hasta que, ya a punto de entrar en el paraíso, la rama cedió y don Jaime se cayó de la higuera. Y se quedó en el sitio.

Dejó viuda a doña Mercedes Thomás de Massanet y de Ripoll de Berenguer, una mujer fea, seca y estirada, hija tercera de un marqués tieso como la mojama, que tuvo la suerte de casar a doña Mercedes, que ya llevaba trazas de quedarse para vestir santos, con el tercer barón de Bonamant, un título inferior en rango al viejo marquesado que ostentaba con orgullo el suegro del barón, aunque con el inconveniente de no tener un solo duro en el bolsillo. Hay que estar a las duras y a las maduras, había oído repetir doña Mercedes hasta la saciedad a su padre mientras veía que el tiempo pasaba entre agobios económicos impropios de su condición, así que cuando al fin se casó con el barón, doña Mercedes pensó que había llegado el momento de darle un corte de mangas a su padre el

marqués, con el mensaje añadido de que se quedara él con las duras, que de esas ya había tenido ella bastantes.

Doña Mercedes fue una mujer que supo llevar en todo momento con la dignidad que cabe su condición de baronesa consorte, huyendo con verdadero esmero, como correspondía a una dama de su alcurnia, de toda ocasión que pudiera acarrearle una responsabilidad y por supuesto, de cualquier circunstancia que pudiera tener relación aunque fuera indirectamente con el trabajo. Así lo demostró reiteradamente durante el tiempo que duró su matrimonio con el barón, con el que tuvo dos hijos; el mayor Jaime, como es natural, el nombre no el hijo, y el pequeño Perico, bautizado Pedro por el mismo cura capellán de la ermita de Son Ripoll que pasados los años habría de officiar el responso fúnebre el día del entierro de su marido.

Por cierto que en tan solemne y fúnebre ocasión, el cura capellán tuvo el desdoro de proclamar en público la desmedida pasión del fallecido por la madre naturaleza, algo que la baronesa muy bien sabía desde muchos años atrás, con explícita y reiterada referencia a su pasión por los higos, gusto desmedido que como ocurre con todas las pasiones, según dijo el cura, provocó su desgracia.

Así que una vez hubo bien enterrado como Dios manda a su esposo, no encontró motivo doña Mercedes para cambiar sus hábitos de conducta y por tanto continuó con su inveterada costumbre de no hacer nada, dejando el trabajo a la servidumbre, aunque claro, siempre bajo su constante vigilancia, no fueran a aprovecharse los criados del fallecimiento del barón para vaguitar y dejar de cumplir sus obligaciones. Pero como ocuparse de su casa la fatigaba en demasía, resolvió dejar que fueran sus hijos, a fin de cuentas herederos de su padre, quienes se ocuparan de todo lo que tuviera que ver con la administración de Son Ripoll. Y ahí empezaron los

problemas. Porque Jaime y Perico, pese a ser hermanos de padre y madre, de lo cual doña Mercedes tras profunda meditación estaba bien segura, y pese a haber recibido ambos la misma educación, resultaron ser muy diferentes. Jaime siempre se distinguió por ser un chico obediente, disciplinado, respetuoso, responsable y educado, justo lo contrario que Perico, un «viva la virgen», fantasioso, desordenado, impredecible y rebelde.

Recordaba doña Mercedes con nostalgia el día en que hablando con su esposo el fallecido barón acerca de las diferencias entre sus hijos, este contó la última ocurrencia de Perico, de la que había tenido noticia a través de la queja del cura capellán. Resultó, según le había contado el buen cura, que aprovechando que tenía reunidos a todos los payeses con motivo de la celebración de la semana santa, tiempo de oración y penitencia según venía determinado por la liturgia de ese sagrado tiempo, mientras les explicaba las penas del infierno, no tuvo el niño mejor ocurrencia que encender una gran hoguera junto a la puerta de la ermita mientras estaban todos dentro, y aprovechando que el viento soplaba a favor, abrir en su momento la puerta para que la humareda, según se justificó después Perico, hiciera más creíble las explicaciones del cura. Ni que decir tiene que los payeses, ya de por sí suficientemente impresionados por el sermón, cuando vieron el humo entrar, salieron todos despavoridos de la ermita implorando a Dios Todopoderoso el perdón de sus pecados.

Y es que la herencia genética viene a ser tan verdad como todas las demás herencias. O sea, según. Ello se puso en evidencia cuando a las pocas semanas de caerse el barón de la higuera, un notario notificó a don Jaime que a partir de ese momento y en virtud de su condición de hereu, se había convertido en el nuevo barón de Bonamant y señor de Son Ripoll y por tanto, en el propietario de todos los bienes inherentes al título, casas, propiedades, negocios,

posiciones, fincas y demás, a excepción de algunas tierras baldías en la periferia de la isla que limitaban con el mar, que en compensación le habían caído como herencia a su hermano Perico.

La relación entre los hermanos hasta ese momento no había sido especialmente calurosa, ya que Jaime y Perico, pese a ser hermanos, parecían provenir de galaxias diferentes. Jaime había nacido en 1.925 y su hermano poco más de un año después, así que los dos eran muy niños cuando el abuelo decidió salir por pies de Mallorca antes de que le encontraran por allí las animosas hordas marxistas—leninistas que habían prometido colgarle del árbol más alto de Son Ripoll. No obstante su temprana edad, ambos se acordaban de la noche oscura en que les sacaron de la cama para meterles en una carreta tirada por dos mulas entre sacos de patatas de Sa Pobra, cubiertos por una mugrienta lona, y así permanecieron durante horas, entre el cansino traqueteo de la carreta, hasta que llegaron al puerto de Alcudia, donde les metieron en un barco de vela que hacía de correo entre Mallorca y la península.

Supieron que estaban en Alcudia porque el payés que conducía la carreta les dijo, mientras les acarreaba entre sus brazos como si fueran un par de sacos de patatas, que estaban en lugar seguro porque desde el puerto de Alcudia salía el barco correo y eso era una cosa muy seria contra la que nadie podía hacer nada. Y pudieron comprobar que efectivamente nadie hizo nada, excepto la mar, que una vez fuera de la bahía y puesto rumbo a Alicante, se empeñó en demostrarles la fragilidad de los propósitos humanos cuando se oponen a las fuerzas de la naturaleza. Allí pudieron los hermanos Ripoll de Berenguer comprobar lo que es la lucha del hombre contra la mar, una especie de duelo entre la inteligencia y la fuerza bruta a la que hay que sortear, con astucia y valor a través del timón y la vela, de la misma manera que los toreros sortean las embestidas del toro a través de la capa y la muleta.

Tardaron tres días y dos noches de tempestad, pánicos y vómitos hasta llegar al puerto de Alicante, donde consiguieron sin otro trámite, ni siquiera para descansar unas pocas horas en alguna cama anclada en tierra firme, meterse en otro barco a punto de zarpar, aunque este más grande y de vapor, que les trasladó tras otros tantos días de navegación hasta Argel, porque según decían los que sabían del tema debían dar un rodeo para sortear el bloqueo impuesto por la armada rebelde, y una vez llegados allí, cambiar otra vez de barco hasta Marsella. Una vez a salvo y en tierra neutral y sin apenas tiempo para enterarse de donde estaban, les metieron en un coche para seguir viaje hasta un lugar llamado Biarritz, un hermoso pueblo de amplias playas, como las de Mallorca pero mucho más frías, que pese a estar en Francia estaban repletas de españoles.

Y es que la guerra de España había congregado en Biarritz a multitud de españoles que huyendo de la quema habían decidido salir de naja hasta ver cómo se desarrollaba la corrida viendo los toros desde la barrera. Pero es que además de sus playas, Biarritz tenía otros muchos atractivos más, entre ellos una gran variedad de hoteles de lujo rodeados de cuidados jardines, casinos de juego donde la gente empeñaba hasta las pestañas y docenas de salas de espectáculos que atraían a muchos desinhibidos franceses y francesas, ellas a cada cual de mejor ver. Claro que tantos atractivos no encontraban igual atención entre los sufridos refugiados españoles, ya que entre estos también había niños y mujeres y otros tantos más que sin ser niños ni mujeres, habían salido de España precipitadamente con lo puesto.

No era este el caso de don Jaime Ripoll de Berenguer y Suau, futuro tercer barón de Bonamant y padre del actual titular de la baronía, quien durante su estancia en Francia no desaprovechó la oportunidad de ampliar sus escasos conocimientos del francés con

cuantas francesas de buen ver se cruzaran por el camino, que al parecer del joven y fogoso don Jaime, eran todas. Como cabía suponer, tanto interés por los idiomas llenó de desconsuelo a su esposa doña Mercedes, desconsuelo próximo a la desesperación cada vez que se miraba al espejo. Sin embargo, todo pareció ir mejor para doña Mercedes, cuando terminada la guerra de España con la victoria de los nacionales, pudieron retornar al fin a la patria y al calor del dulce hogar. No resultó sin embargo esta circunstancia tan dulce para el joven don Jaime, que se vio así imposibilitado para continuar con sus queridas prácticas del francés, aunque mal que bien encontró algún consuelo a su forzada abstinencia cuando a los pocos días del regreso, su anciano padre, el segundo barón de Bonamant y señor de Son Ripoll, pudo al fin encontrar, tras tanto ajetreo, el descanso eterno.

Dice el refrán que la alegría dura poco en la casa del pobre, aunque no dure más en la del rico, como pudo comprobar la nueva baronesa pasados los duelos oficiales, los días de luto, las novenas y rosarios por el fallecimiento de su suegro, cuando el nuevo barón de Bonamant, su marido, decidió poner de inmediato en práctica el ejercicio de su título y potestad volviendo a Francia para no perder los conocimientos adquiridos.

Así que doña Mercedes no tuvo otra alternativa que acostumbrarse con resignación a las largas ausencias de su esposo, haciendo por su lado cuanto estaba de su parte para no caer en depresiones y melancolías impropias de una dama de tan buena posición y posibles, entre los que, como bien sabía la baronesa, no se encontraba precisamente su extraordinaria belleza. Pero como los posibles están para sacarles provecho, se propuso doña Mercedes gestionar con determinación e inteligencia su soledad, administrando con prudencia los tiempos para evitar escándalos y también la acumulación de acompañantes, no fuera que algún estúpido

de esos que nunca faltan encontrara razón para sentirse preterido, celoso o despreciado.

Y en ese ambiente de ausencias, de puertas que se cierran y preguntas sin respuesta, de caras indiferentes y distantes, fueron creciendo los hermanos Jaime y Perico, cada cual haciendo de su vida un mundo aparte propio y no compartido. Transcurrieron sus años de colegio en un internado de Palma regentado por los padres jesuitas y los fines de semana los pasaban en Son Ripoll, aunque rara vez coincidían con su padre porque siempre estaba de viaje. A su madre la veían más, pero tampoco mucho tiempo porque ella siempre tenía algo que hacer y gente que ver.

Cuando terminaron el colegio les mandaron a Madrid a estudiar derecho, como corresponde a dos vástagos de tan distinguida familia. La capital era entonces una ciudad especialmente fría porque no había calefacción, llena de militares con y sin graduación, guardias de uniforme gris como el entorno, damas y caballeros con guantes y sombrero, señores con abrigo raído y cara de frío, mendigos, estudiantes repetidores, coches oficiales, chirriantes tranvías con gente colgando de los estribos, bancos, tiendas, bares y también otros lugares para pasárselo bien, si tenías dinero.

Compartían los hermanos un espléndido piso cercano a la ciudad universitaria, cuidado por un mayordomo y un par sirvientas lo suficientemente feas y viejas como para no despertar las malas tentaciones de nadie que las viera de cerca. Durante aquellos años, pese a vivir en el mismo piso, los hermanos apenas si se veían, ya que cada cual tenía montada la vida por su cuenta. Además, como hacían cursos diferentes no coincidían tampoco en la facultad, de manera que solo algunos fines de semana se veían la cara, algo que tampoco les aportaba mayor satisfacción.

En lo único que coincidían los dos jóvenes hermanos era en prolongar lo más posible su estancia en Madrid, mediante el siem-

pre socorrido procedimiento de suspender asignaturas y repetir curso, si bien el beneficio de tanta prolongación no fuera el mismo para los dos, ya que mientras Jaime se pasaba la vida metido en el cine viendo películas de Rita Haywood o yendo al fútbol los domingos por la tarde, Perico se iba de copas con los amigos, o de ronda con la tuna de la facultad a tocar la guitarra, o a tocar lo que pudiera. Consecuentemente, Perico ligaba mucho y Jaime no ligaba nada, porque ver películas, aunque fueran de Rita Haywood y menos ir al fútbol, aunque jugara Di Stéfano, no rendía, mientras que ir de ronda con la tuna era un verdadero chollo.

Durante las fiestas de navidad y semana santa volvían los hermanos a Son Ripoll para pasar unos días con la familia, vacaciones en las que habitualmente, aunque no siempre, solían encontrarse con su padre, quien irremediablemente se sentía en la obligación, sobre todo cuando su madre estaba delante, de echarles un discurso sobre la importancia de aprovechar bien el tiempo, estudiar mucho y terminar de una vez la carrera, que para eso estaban en Madrid. Claro que en eso, coincidían los dos hermanos, los discursos de su padre no les hacían mucha mella y lo soportaban como una costumbre más de la familia, siempre tan apegada a sus tradiciones.

No era sin embargo igual en verano, primero porque hacía más calor y segundo porque había más tiempo para juntarse con amigos de la misma cuerda, también de vacaciones, para ir juntos a la playa o montar algún guateque. Perico, que era más proclive a los escarceos amorosos, se quejaba de la falta de soltura y espontaneidad de las chicas, acostumbrado como estaba a otras espontaneidades más espontáneas, según presumía de su larga experiencia madrileña. Hasta que un día, de tanto insistir en el mismo argumento, se encontró en una situación límite de triple efecto, cuando una cálida noche de final de guateque encontró al fin un alma gemela dispuesta a dejarse convencer, y ya a punto de coronar con éxito la cumbre

del Himalaya, apareció el hermano mayor de la cumbre, más concretamente su puño, que le dejó un ojo a la funerala y dio ocasión a que el padre de la muchacha, advertido por el escándalo, le agarrara por las solapas de su elegante chaqueta azul marino con botones dorados y de una patada en el noble trasero le pusiera directamente en la calle. Pero como no había calle, puesto que el guateque no era urbano, Perico terminó con la sola visión del ojo sano en medio de un campo sembrado de cebollas, entre las que tuvo que andar largo rato hasta encontrar una salida a su laberinto.

Todavía no se había repuesto Perico de la humillación ni del puñetazo, cuando una apacible y calurosa tarde de verano en la que todo el mundo aparentaba estar durmiendo la siesta, su padre el tercer barón de Bonamant y señor de Son Ripoll, que al parecer tenía mal dormir, se cayó de la higuera y se quedó en el sitio. —¿Pero qué hacía vuestro padre, con la que está cayendo, subido a esa higuera?— no paraba de preguntar a sus hijos doña Mercedes. Pero como por más que preguntara no obtenía respuesta, doña Mercedes que no era tonta, dejó prudentemente de preguntar, no fuera que algún desaprensivo de esos que nunca faltan en tales situaciones la diera cumplida contestación.

A partir de ese día todo fue a peor para Perico, sobre todo desde que un notario expresamente llegado desde Palma, al parecer amigo de su padre, convocara a la familia y a los criados para dar pública lectura del testamento del fallecido barón de Bonamant.

Era el notario un señor muy mayor, de pelo ralo y cano, poblado mostacho y cuidada barba, refinado en el trato, solemne en los gestos y cordial en las formas pero de mirada fría como el hielo, que se pasó casi una hora explicando a los convocados a tan solemne cita el sentido de la institución del hereu en el contexto del código civil catalán, para a partir de ahí enumerar y describir con todo detalle las propiedades y títulos del fallecido barón para terminar, con sobra-

da actuación, leyendo las últimas voluntades del difunto, mientras un criado debidamente instruido le rellenaba a cada rato la copa con el mejor brandy de la bodega de la casa.

Tan prolija explicación no dejaba margen para la duda, así que todos los presentes comprendieron que, a excepción de alguna renta de poca monta y algún que otro objeto de valor indeterminado con los que quería hacerse recordar por los criados más antiguos, el fallecido barón nombraba sucesor y hereu a su hijo mayor Jaime Ripoll de Berenguer y Thomás de Massanet, a quien adjudicaba todas sus propiedades y derechos, títulos y honores, rentas y beneficios derivados de las anteriores, con la sola explícita excepción de algunas otras propiedades no incorporadas a Son Ripoll, más próximas al mar que a la tierra, arenales y terrenos castigados por la erosión, baldíos para el cultivo de cualquier cosa y por tanto sin valor real, que pasaban así a la propiedad de su segundo hijo, Pedro Ripoll de Berenguer y Thomás de Massanet. Y a doña Mercedes Tomás de Massanet, su viuda, la dejaba el usufructo de algunas rentas menores, suficientes para su mantenimiento, con la encomienda al hereu de que cuidara bien de ella para que nada pudiera faltarla durante los años que Dios nuestro Señor quisiera mantenerla con vida.

Cuando Perico tuvo conciencia de los daños, es decir, tan pronto el notario abandonó la casa con la ayuda de dos criados que le mantuvieron erguido en su camino hasta el coche que le debía llevar de vuelta a la notaría o a cualquier otro lugar donde el anciano pudiera dormir la mona que se había agarrado durante la lectura de las últimas voluntades de su amigo, el perjudicado se concentró en la manera de intentar enmendar la injusticia y compensar el agravio.

Así que al día siguiente persiguió por toda la casa al hereu en busca de la oportunidad de aclarar las cosas, hasta que después de mucho deambular tras él, le pilló en un descuido mientras el nue-

vo barón de Bonamant recorría la bodega acompañado de un criado para hacer inventario de los caldos y licores que allí reposaban.

Sorprendido por la presencia de su hermano en lugar de tan difícil escapatoria, don Jaime despidió a su criado para escuchar en soledad lo que Perico tuviera que decir. Y Perico, consciente de lo que se jugaba, habló y habló, transido en momentos por la emoción del hermano que comparte la orfandad del padre recién fallecido y en momentos por la furia del heredero que se siente maltratado. Pero de nada le sirvió evocar tiempos pasados, secretos compartidos, favores pendientes de compensación y amor de hermano, sobre todo porque los dos sabían muy bien que los buenos tiempos estaban aún por llegar, nunca hubo secretos que compartir entre ellos, ni favores que compensar, y el amor entre hermanos, como es sabido en caso de herencia, era un cuento chino

Así que Perico, doblemente humillado, no tuvo más remedio que echarse en brazos de su madre para buscar en ella alguna vía alternativa que le permitiera volver a acercarse a su hermano. Pero, difícil el papel de las madres en tales circunstancias, doña Mercedes, consciente de su debilidad tras el fallecimiento de su esposo, lo último que deseaba era indisponerse con su hijo mayor, el hereu que habría de administrar el usufructo de la herencia del finado barón, de manera que, aunque con mejores formas porque una madre siempre es una madre, ratificó la respuesta de Jaime propinando a las aspiraciones de su hijo pequeño otro corte de mangas. Así que Perico, agotados todos los recursos, no encontró mejor solución que quedarse rondando por allí a la espera de otra oportunidad para volver a la carga con su hermano, hasta que pasados algunos interminables días de angustia, comprendió al fin que su destino, aunque no le gustara, ya estaba marcado.

De manera que hartado de tanta humillación, un día que se levantó con el pie cambiado, en un repentino arrebatado de la dignidad

perdida, Perico Ripoll decidió no compartir ni un solo minuto más el mismo techo que hasta poco tiempo atrás había sido su propio techo y que ahora, por decisión de su padre pertenecía exclusivamente a su hermano mayor.

Así que sin más, sin pararse para hacer al menos una maleta con sus cosas más personales, sin despedirse de nadie, ni siquiera para darle un beso de despedida a su madre, abandonó Perico para siempre Son Ripoll para afrontar abiertamente su incierto destino y tomar posesión de sus tierras en el más perdido y inhóspito lugar de la isla, que como las migajas del cuento, le había dejado en herencia su padre, el recién fallecido III barón de Bonamant.

III EL BARÓN

Entretanto, Jaime Ripoll de Berenguer y Thomás de Massanet, apenas si había tenido tiempo para asumir su condición como nuevo barón de Bonamant, cuando ya se vio obligado a tomar la primera decisión importante de su vida, haciendo frente a las reiteradas intentonas de su hermano Perico que le reclamaba con argumentos tan peregrinos como lacrimógenos, el muy sinvergüenza, un supuesto derecho a compartir con él una herencia que muy bien sabía era solo suya.

La primera vez que lo intentó fue ante el cuerpo aún caliente de su padre, recién caído a la sombra de la higuera, que le obligó a mostrarse esquivo y distante con su hermano, quien incluso antes de conocer el testamento y temiéndose lo peor, ya estaba brujuleando, el muy cabrón, para ver qué ventaja podía sacar en momentos de semejante conmoción tras el repentino fallecimiento del barón.

La segunda intentona fue pocos días después, cuando en cumplimiento de su recién estrenada jerarquía familiar, don Jaime se vio en la dolorosa obligación de presidir las honras fúnebres de su padre, que se celebraron con gran solemnidad en la ermita de Son Ripoll, erigida precisamente, ironías del destino, en advocación al santo ángel de la guarda.

La ceremonia fúnebre, estuvo presidida nada menos que por el obispo emérito de Santa Elena, localidad de la isla de Córcega que hizo famosa Napoleón Bonaparte como lugar de obligado retiro, que casualmente se encontraba por allí también de vacaciones bajo el cobijo de su hermano en el episcopado el obispo de Mallorca. Hasta Son Ripoll llegaron gentes de toda la isla, deudos, conocidos,

curiosos y también algún amigo de esos que parecen encontrar consuelo ojeando las esquelas que publican los periódicos, que llenaron a rebosar la pequeña ermita y sus alrededores.

Tuvo el señor obispo emérito de Santa Elena la benevolencia, nada frecuente en esas altas jerarquías eclesiásticas, de permitir que fuera el sencillo cura capellán y amigo de tantos años del fallecido barón quien predicara la homilía fúnebre, benevolencia a la que también contribuyó sin duda su completa ignorancia del idioma castellano. No estaba sin embargo preparado el buen cura capellán de Son Ripoll para desempeñar tan especial encomienda, así que sorprendido por la generosidad de su ilustrísima, no tuvo más remedio que improvisar unas palabras en recuerdo de su amigo el fallecido barón de Bonamant.

Y obligado a salir del paso, no tuvo mejor ocurrencia el buen cura, a quien Dios nuestro Señor por cierto no había llamado por el camino de la oratoria, que orientar su prédica hacia lo que él sentía más próximo del ilustre fallecido, cual era su compartida pasión por Francia y la cultura francesa, país de acogida para ambos en los ya pasados, gracias a la victoria del caudillo Franco, tiempos de tribulación, cuando los enemigos de Dios y de la patria hacían de las suyas en España. En aquel tiempo el futuro Barón había encontrado refugio en Francia y después ocasión para trabar amistad con su ilustrísima el señor obispo emérito de Santa Elena, allí presente, a quien por cierto, él había tenido el honor de presentar. Y es que, empezó a divagar en su homilía el cura capellán, en los años de la tribulación, también él mismo, un humilde sacerdote había tenido que refugiarse en Francia de la que estaba cayendo en España, oportunidad que aprovechó para aprender, gracias a la benévola acogida de su ilustrísima, a chapurrear el francés, idioma culto y universal, conocimiento que le había facilitado la mejor comprensión de las debilidades humanas, incluidas sus propias